

séquito del sobrino muerto y se llevaron al tío fuera del tumulto a la azotea de la casa, donde hubo de mostrarse al pueblo para tranquilizarlo. Los parientes y partidarios de Ahmed que se habían propuesto en su ira saquear el palacio del príncipe, recibieron orden de Albuquerque de salir de la ciudad antes de la puesta del sol y pasar al territorio persa bajo pena de la vida. Los portugueses quedaron dominando con su escuadra el mar y desde la ciudadela la ciudad. A consecuencia de esto emigraron 25 familias del partido persa y el anciano Rais Nordin acompañado de Albuquerque y bajo su protección pudo regresar a su palacio y encargarse otra vez del gobierno. Con esto se tranquilizó muy pronto la población, y el capitán general portugués restableció también la buena inteligencia con la Persia enviando al shah Ismail una embajada a cargo de Fernán Gómez de Lemos. Esta paz tan fácil fue debida principalmente a la divergencia religiosa que existía entre los persas y los árabes, siendo los primeros mahometanos siitas y los segundos sunnitas.

Albuquerque envió una parte de su escuadra, a las órdenes de su sobrino García de Noronha, a Cochín, mientras él continuó algunos meses más en Ormuz para dejar todo bien arreglado y poder encargar los demás asuntos al comandante de la ciudadela. Quizá quería también preparar un nuevo ataque a Adén; pero este deseo no se cumplió. En el mes de agosto enfermó de una disenteria, y aumentando el mal hubo de ceder a los consejos de los médicos de regresar por lo pronto a la India; encargó el mando de su propio buque a su sobrino Vicente de Albuquerque, y se embarcó en el de Diego Fernández de Beja. A principios de noviembre zarpó de Ormuz, y cerca de Calhat en la costa de Oman supo por un buque árabe que venía de Diu que se había nombrado sucesor suyo en la capitánía general de la India a Lope Soares.

El rey don Manuel había acabado por ceder a las insinuaciones y calumnias de los enemigos de Albuquerque, que le pintaban como atrevido hasta la demencia y tan ambicioso que proyectaba nada menos que hacerse soberano independiente de toda la India. Comunicaba fuerza a estas acusaciones la preferencia que Albuquerque daba a sus parientes en todos los mandos principales; y en efecto confió la defensa de Ormuz y de Malaca, indudablemente los dos puntos más importantes fuera de la costa occidental de la India, a sus sobrinos; pero hay que tener presente que obrando así, creyó Albuquerque tener en las citadas plazas jefes de toda su confianza para mejor conservarlas. Sus enemigos hicieron ver al rey que la misma paz que hizo Albuquerque con los príncipes de la India era ya una prueba de sus intenciones ambiciosas, porque estas nuevas amistades eran un paso más para su proyectada usurpación.

Albuquerque sabía todo esto; pero confiado en sus méritos y en su conducta política intachable había desdenado justificarse, prefiriendo contestar a las calumnias con hechos. Sin embargo ya no tenía defensores ni amigos en Portugal; los muchos nobles que había enviado a Portugal por delitos y desobediencia para que el rey los castigara, habían aumentado el número de sus adversarios, y finalmente dejó persuadir el rey don Manuel creyéndose en el caso de hacer regresar por lo menos al capitán general y poner a otro en su lugar, en vez de mandar hacer una información y decidirse después con entero conocimiento. Esto fue lo que más sintió Albuquerque, el cual cuando supo el nombramiento de Lope Soares para capitán general y el de otros jefes para los puestos más importantes, exclamó con tristeza: ¿Capitán general Lope Soares? ¿No había otro? ¿Y el rey me envía con carácter de capitanes y de secretarios a hombres como Diego

Mendez y Diego Pereira a quienes por sus delitos he enviado yo presos a Portugal? Por servir al rey me he enemistado con esta gente y ahora por amor de ellos me retira el rey su confianza.» El secretario Pereira había sido el que más había insistido para que el rey renunciara a la posesión de Goa, por cuya razón Albuquerque se había deshecho de él; pero cuando Pereira llegó a Portugal hizo correr la voz de que Albuquerque renunciaba al dominio del mar para hacer perecer a los portugueses en ciudadelas malsanas.

Esta desgracia acabó con la energía y brio de Albuquerque, que solo deseaba poder llegar a Goa, donde esperaba encontrar cartas que le explicasen tan repentino cambio, y que le consolasen siquiera reconociendo sus méritos.

Siguiendo el consejo de sus amigos, escribió con mano trémula su última carta al rey diciendo: «Señor, estas son las últimas palabras que dirijo a V. M., agobiado por la desgracia, después de tantas relaciones como le he escrito con alegría y brio. Dejo aquí a un hijo (1), Blas Albuquerque, y suplico a V. M. premie en él mis méritos. Los asuntos de la India hablarán por sí y por mí.»

A la vista de Goa murió Albuquerque a bordo de su buque, a la edad de 63 años, el 16 de diciembre. Vestido con el traje blanco de la orden de Santiago de que era comendador, adornado con las insignias de la orden, echada sobre el hombro la capa de terciopelo, recogido el cabello en una redecilla de oro y cubierta la cabeza con un birrete de terciopelo, fue llevado a tierra sentado en un sillón cubierto de brocado de oro.

Los ojos del cadáver estaban medio abiertos, pero sin el aspecto feo de la muerte; la lengua barba blanca le bajaba hasta el pecho; de modo que muerto imponía la misma veneración y el mismo respeto que se le había tributado en vida. En la playa fue recibido por el comandante y todos los nobles, y después sepultado en la capilla que él mismo había hecho construir fuera de las puertas de la ciudad.

Albuquerque poseía las virtudes y los defectos de un gran general. Era justiciero, severo y castigaba la infidelidad con gran dureza. Soportaba las penalidades con valor inquebrantable, y en todas las luchas dió personalmente el mejor ejemplo. Trataba rudamente a soplones y aduladores apartándoles de su persona. Una vez resuelto un plan, ejecutáballo con rapidez. Agravios personales no vengó, pero no podía sufrir que nadie traspasara sus órdenes, ni menos que contrariase sus planes, y en estos casos no retrocedía ante las medidas más brutales. Muchas de sus sentencias de muerte fueron precipitadas, porque tenía un carácter excitable que no era fácil calmar; pero siempre se arrepintió de sus acciones irreflexivas. Quería que todos se dedicasen en cuerpo y alma a las funciones de su carrera y que concentrasen en ellas todas sus fuerzas como él mismo hacía, porque aun en tiempo de paz trabajaba de día y de noche. Correa dice que solía oír misa muy temprano, montando después a caballo, rodeado de su guardia, para visitar las obras, las maestranzas y los almacenes. En la administración pública no sufría despilfarro, y la dilapidación de los fondos del rey le irritaba extraordinariamente. Tomaba sus disposiciones con rapidez, y muchas veces se le vió firmar órdenes y documentos en el camino y en las calles sobre su rodilla. Era afable para con todo el mundo, y sabía tratar a los indios y mahometanos según su índole.

En interés de todos procuró fomentar el comercio pacífico y mejorar la situación y el bienestar en general. Para todo el

(1) Era hijo natural, porque Albuquerque murió soltero. Posteriormente cambió de nombre por orden del rey adoptando el de Alfonso en memoria y honor de su padre, según dice Correa.

mundo era accesible; su puerta estaba siempre abierta y solo después de comer dedicaba un rato al descanso, reducido en los días de trabajo a la expresión mínima. Ocupado de día casi siempre fuera de casa, empleaba las horas de la noche para trabajar con sus secretarios y para dar cuenta al rey hasta de los detalles más minuciosos. Las cartas al rey, a la reina y a los consejeros del rey las redactaba él mismo.

Pensando solo en aumentar el poder real de la India, no se cuidó nunca de acumular riquezas para sí; y todos los regalos que recibió de los príncipes y magnates de la India los envió siempre al rey o a la reina, o los repartió entre sus capitanes y nobles. Los pobres le encontraron caritativo. En la guerra y en las batallas se consideraba soldado como los demás, y cuando era preciso no hacía más caso de su vida propia que de la vida ajena. En la acción tan desgraciada que dió para tomar el palacio del Samorin de Calcuta, la primera vez estuvo repetidas veces en inminente peligro de la vida; su porta-estandarte y su paje cayeron a su lado; pero él se mantuvo firme hasta que una piedra le dejó sin sentidos. En el primer asalto de Malaca estuvo también rodeado de enemigos, y se hubiera perdido sin remedio si Juan de Lemos no le hubiese socorrido y sacado de allí; lo que no impidió que renovara en seguida el ataque.

A pesar de esto no era temerario, sino general circunspecto; pero cuando se trataba de un objeto grande ponía en acción todos sus recursos, como en el segundo ataque de Malaca, antes del cual dió a sus capitanes vacilantes que si arriesgaba toda su tropa era porque creía la posición de Malaca importantísima. En Goa no se desanimó tampoco y por la misma razón del mal éxito del primer ataque; se sostuvo con una tenacidad increíble hasta el último extremo, arriesgó otra vez la sangrienta empresa de apoderarse de esta plaza y obtuvo al fin la victoria. Cuando el general enemigo, después del primer ataque de esta última plaza, supo por desertores portugueses que en la escuadra de Albuquerque, encerrada entre la barra que no podía atravesar y el interior, hacía estragos el hambre, envió varias lanchas con víveres frescos; pero el capitán general mandó subir de la bodega sus últimas provisiones de vino y de galleta para enseñarlas a los mensajeros del general del Shah Adil, y les dió que los portugueses no conocían ni necesitaban más regalos que aquellos; que cuando les faltasen, ya se presentarían sus soldados a la mesa del Shah sin necesidad de invitarlos; y que por el momento no carecían de nada.

De esta manera conservó siempre, aun en los mayores apuros, su ánimo tranquilo y sereno. Jamás, ni en sus momentos más grandes de fortuna se ensoberbeció, y siempre recomendó lo mismo a sus capitanes. Cuando algunos de estos le observaron que las murallas de la nueva fortaleza de Ormuz eran poco fuertes, les contestó: «Si los que están encargados de defenderlas no se portan como déspotas, serán suficientemente fuertes, pero si se dejan dominar por la petulancia, las murallas más fuertes serán débiles.»

No cedió un ápice de los derechos del vencedor; pero sin perder por eso de vista por consideraciones políticas, los medios de facilitar la amistad entre los portugueses y los habitantes del país. Por esta razón favoreció los casamientos de los portugueses con las jóvenes indias, cosa más fácil en Goa, que con las hijas de los brahmanes y naires más al Sur. A cada pareja recién casada regalaba de los fondos del rey 18,000 reis, y repartió las casas y campos de los mahometanos expulsados entre los portugueses que se establecían en el país; todo esto para hacer la ciudad más portuguesa, fortificar allí el poder del rey, y fundar en ella el centro de operaciones y del dominio portugués.

No temía tanto a los enemigos indígenas como al sultán del

Egipto, que para él era el único peligro que ofrecía el porvenir.

En aquella época abundaban los proyectos y propósitos más extravagantes y algunos hasta titánicos, y no debe sorprendernos que Albuquerque pagara también su tributo al espíritu de su tiempo. De Miguel Ángel cuentan que quiso variar nada menos que el perfil de una cordillera, transformando en estatua gigantesca la cúspide marmórea del Monte Altísimo cerca de Carrara; y Albuquerque a su vez quiso cambiar nada menos que el aspecto y carácter de un país, del Egipto, desviando el Nilo en su curso superior, y conduciendo sus aguas al través de la Abisinia al mar Rojo, para desecar el Egipto y arrojar para siempre a los mahometanos del país de las pirámides.

Más práctico era otro proyecto que concibió y consistía en una gran expedición al mar Rojo y una campaña para conquistar a Medina y llevarse los huesos de Mahoma, a fin de obtener después en cambio el Santo Sepulcro de Jerusalén, rescatándole de manos de los infieles.

Si demostraba su gran genio en sus empresas, no lo hacía brillar menos en expresiones y ocurrencias felices que debieron de hacerse muy populares, porque muchas de ellas se han conservado por los historiadores contemporáneos; y con frecuencia se granjeó con ellas la buena voluntad de las personas a quienes con su genio irascible había ofendido. Otras veces hizo olvidar por este medio injusticias aparentes o involuntarias, cometidas por él, convenciendo a todos de que su intención era castigar únicamente a los que faltaban a su deber. Había hecho esculpir después de la conquista de Malaca los nombres de los más valientes en una piedra conmemorativa que debía empotrarse en la muralla de la ciudadela entonces en construcción; y cuando varios de los otros se le quejaron diciendo que todos habían cumplido con su deber y que merecían que se conservaran igualmente sus nombres, mandó emplear la piedra para clave del arco de la puerta de la fortaleza, pero con la inscripción hacia dentro de la obra, y fijar encima esta otra inscripción, sacada del versículo 22 del salmo 118: «La Piedra que los arquitectos han desechado, se ha convertido en vértice del ángulo (1).»

Es indudable que Albuquerque fue el más notable de todos los caudillos portugueses en la India antes y después, porque de los que le sucedieron ninguno pudo alabarse de hechos tan preclaros como los suyos. El rey don Manuel no tardó en comprender que con su ingratitud había herido en el corazón al fundador de su poder en la India. Quiso volverle a su puesto en lugar de Soares y honrarle hasta con el título y categoría de virrey, pero el arrepentimiento llegó demasiado tarde y el rey hubo de ver todavía cuán trabajosamente se desarrollaron los asuntos de la India después de la muerte de Albuquerque.

8.—Los sucesores de Albuquerque

Lope Soares de Albergaria, sucesor inmediato de Albuquerque desde 1515 a 1518, no era novel en la India, pues había tenido en ella un mando en 1504.

Salió de Lisboa el 7 de abril con 13 buques y llegó a Goa el 8 de setiembre de 1515. Como capitanes de los diversos buques tenía los adversarios de Albuquerque, como Diego Mendez de Vasconcellos, Jorge de Brito y otros.

A su llegada a Goa encontró solo un disgusto general por su nombramiento y la destitución brutal de su preclaro predecesor que gozaba de la veneración unánime de toda la

(1) No es el salmo 118, sino el 117, el que en su versículo 22 dice: *lapidem quem reproboverunt edificantes, hic factus est in caput anguli.* (N. del T.)

ciudad creada por él. En octubre pasó Soarez á Cochín donde, como en todas partes, fué recibido sin entusiasmo, porque hasta los príncipes indios, menos el de Calcuta, participaron del sentimiento general. Por aquel tiempo Pedro de Albuquerque regresó á Cochín desde Ormuz, y Soarez le comunicó por conducto de Simón de Andrade la primera noticia de la muerte del gran general y gobernador.

Libre Soarez de gobernar á su voluntad, pasó el resto del año y todo el siguiente ocupado en preparar una escuadra imponente de 37 naves, con la cual zarpó en febrero para atacar á otra escuadra egipcia que según noticias se componía de 27 buques, y estaba destinada al mar de la India. Esta escuadra había salido en efecto antes que Soarez, y había fortificado la importante isla de Camaran para que no volviera á servir á los portugueses de punto de apoyo en sus empresas, como había sucedido en tiempo de Albuquerque. Desde allí había pasado á Aden; pero siendo inútiles sus esfuerzos para apoderarse de esta plaza, regresó á Dyeddah, puerto cercano á la Meca, y el jefe mandó sacar los buques á la playa donde estaban al abrigo de todo ataque, pues que aquel puerto está formado y protegido como todos los del mar Rojo por bancos y arrecifes de coral.

Soarez experimentó algunas pérdidas causadas por un temporal en el estrecho de Bab-el-Mandeb, y llegó hasta Dyeddah, es decir mas lejos que Albuquerque; pero no hizo mas, porque antes de llegar al amarradero tuvo que navegar una legua entre los arrecifes, que dejaban solo libre un estrecho paso, y cuando hubo llegado, encontró la playa defendida por baterías enemigas. Quiso tomar la plaza por sorpresa con lanchas armadas, pero esta tentativa no dió resultado, y solo logró incendiar algunos buques. Estando todavía bloqueando la plaza y el puerto, recibió noticia cierta de que los turcos habían invadido el Egipto y derrotado al sultan de este país; de modo que por lo pronto nada había que temer de él ni tampoco de los turcos para la India, por cuya razón no quiso Soarez sacrificar inútilmente gente en aquellas aguas malsanas y prefirió abandonarlas. Pasando por Camaran encontró la isla abandonada de los mahometanos, pero fuera de provisiones de agua no halló otra cosa. Para obtener víveres, tomó por asalto y saqueó la ciudad de Zeila en la costa de Africa, porque además de la gente que perdió en varios naufragios, habían muerto muchos individuos de hambre, de sed y de cansancio. Barros calcula el número de bajas por todas estas causas en 800; y Osorio en su obra latina ya citada, se expresa indignado sobre estos fracasos y sobre el jefe en los términos siguientes: «Con pérdida de hombres y buques, cargado de vergüenza y oprobio regresó Soarez á Ormuz; ni había ocupado á Aden, ni destruido la escuadra del sultan en Dyeddah, ni siquiera desembarcó en su país, la Abisinia, al embajador del rey Mateo, que estaba á bordo de su buque.»

Al regresar á la India, dispersó la tempestad de tal manera la escuadra, que algunos buques fueron llevados hasta Melinde y aun hasta Mozambique. Así acabó lastimosamente esta gran empresa.

Mejor resultado tuvo Soarez con su expedición á Ceilan, que realizó en 1513. Esta isla era visitada por buques portugueses desde el año 1506; y á ella acudían directamente los buques mercantes árabes desde la conquista de Ormuz, Goa y Malaca y la ocupación militar de los puertos principales de la costa occidental de la India Anterior. En ella y sobre todo en el puerto de Colomba se proveían los árabes de especias, evitando de este modo las colisiones con los portugueses en las costas malabares. En su viaje de regreso á su país pasaban por las islas Maldivas yendo á parar finalmente á Aden. Para cerrarles también esta vía, dió orden el rey don Manuel de ocupar permanentemente el puerto de Colombo; pero el

príncipe del país no se resignó á ceder á la intimación de Soarez hasta después de haber sido derrotadas sus fuerzas. A consecuencia de esta derrota, tuvo que permitir la construcción de una ciudadela portuguesa, y entregar anualmente á la factoría de Cochín, por vía de tributo, 300 bahares (60,000 kilogramos aproximadamente) de canela, 12 sortijas con rubíes y zafiros y 6 elefantes. Después de esta victoria entregó Soarez el mando á su sucesor y se embarcó en 20 de enero de 1519 para Portugal llevando una flota de nueve buques cargados de mercancías. Barros dice: «Parece que toda la fortuna de Lope Soarez consistió en ir, y luego venir con su flota y buena carga de especias.»

Dejaremos por lo pronto á un lado las expediciones que fueron mas al Este para explorar aquellas regiones extremas, á fin de presentarlas mas adelante en conjunto, y seguiremos entre tanto nuestra narración de los sucesos que ocurrieron en la India Anterior y en la parte occidental del Océano Indico. Reduciremos también esta narración á lo mas necesario, pues que en los diez años que siguieron al mando de Soarez hay que registrar pocos grandes hechos.

Siguió á Soarez en la capitania general Diego Lopez de Sequeira, que la tuvo á su cargo desde 1519 hasta 1521, y á quien ya conocemos por ser el primer portugués que visitó á Malaca en el año 1509. Llegó á la India en el mes de setiembre de 1518 con una grande escuadra y 1,500 hombres de tropa. Por orden del rey emprendió en 1520 una expedición al mar Rojo, porque el gobierno portugués había tenido noticia de que los turcos preparaban en Egipto una gran expedición á la India. No obtuvo mejor resultado Sequeira que sus predecesores; junto al estrecho de Bab-el-Mandeb naufragó su propio buque, pudiendo salvarse él y la demás gente á bordo de otro buque. No llegó siquiera hasta Dyeddah; salió del mar Rojo y arribó al puerto de Masaua en la costa de Abisinia, donde desembarcó al fin y al cabo al embajador de este país, que ya había acompañado en su escuadra á Soarez. Esta fué la primera vez que portugueses pisaron el suelo abisinio (1).

Desde allí marchó Sequeira á Ormuz, donde llovieron sobre él tantas órdenes del rey, que no supo cuál cumplir primero, porque le mandaban construir fortalezas en las Molucas, en Sumatra, en las islas Maldivas y en Chaul en la India Anterior, y hecho esto, regresar al mar Rojo, conquistar á Diu, enviar buques á China y otras cosas mas. De todo esto solo realizó lo de la fortaleza ó ciudadela en Chaul, porque su gran expedición con mas de cuarenta buques contra Diu salió frustrada, y para dirigir otra contra el Egipto no le quedó tiempo, porque su mando espiró antes. Estaba reservado al hijo de Vasco de Gama, Estéban de Gama, el penetrar en 1541 hasta al extremo septentrional del mar Rojo y llegar hasta Suez.

Antes de ser relevado Sequeira murió el rey don Manuel en 13 de enero de 1521, y su hijo don Juan III en 1522 mandó á la India con el cargo de capitán general á Duarte de Menezes, que se había distinguido en la campaña de Africa delante de Tánger y era considerado como uno de los varones mas notables de Portugal. Sin embargo en la India no crecieron laureles para Menezes, porque en aquel tiempo faltó poco para que se perdiera la importante plaza de Ormuz. En 1521 se amotinó el pueblo de esta plaza porque el gobernador había nombrado portugueses para los cargos de recaudadores de derechos del puerto, lo cual dió lugar á una conspiración que tenia por objeto matar á los extranjeros; y

(1) En otra parte el autor ha referido el viaje de un mensajero del rey de Portugal, que allí se quedó y se casó; encontrándole 40 años después una nueva embajada portuguesa en Abisinia (N. del T.)

efectivamente fueron sorprendidos y muertos en una noche 125 portugueses que sin sospechar nada habitaban tranquilamente en la ciudad. La ciudadela resistió por gran fortuna, y al ver el rey de Ormuz que su plan no había tenido éxito completo, se retiró con todo el pueblo á la isla de Kishm situada mas al Norte, después de entregar la ciudad á las llamas. Al saber este suceso el capitán general envió á Ormuz á su hermano Luis de Menezes, el cual consiguió restablecer la paz; la población mercantil regresó y el rey se obligó á pagar un tributo anual de 20,000 serafines. Llegó luego el mismo Duarte de Menezes, que acabó por poner todo en orden, y fortificó la posición de Portugal en la isla.

Tuvo por sucesor á Vasco de Gama, cuyo nombramiento dió esperanzas de una dirección firme y enérgica de los asuntos indios, y de que convertiría en entusiasmo y actividad con brillantes hazañas el sentimiento de cansancio que se iba manifestando. Por desgracia estas esperanzas no se cumplie-

ron, porque solo tuvo el mando supremo tres meses. Por lo demás se ha extrañado con razón que este hombre, descubridor de la ruta marítima, no hubiese sido utilizado desde 1502 en el servicio de la India, hasta que otro rey, Juan III, le volvió á emplear enviándole á aquel país con el cargo de virey que desde Almeida ningún capitán general había tenido. Quizás no agradaba al rey don Manuel el carácter absoluto y áspero de Vasco de Gama. En la comitiva de este fueron á la India sus hijos Estéban y Pablo, los capitanes Enrique de Menezes y Lope Vaz de Sampayo, que ambos posteriormente fueron capitanes generales.

Llegó el nuevo virey á Goa el 23 de setiembre, y en seguida se dedicó con ahínco á examinar la administración, en la cual se habían introducido en perjuicio de las rentas reales toda clase de abusos y fraudes. Gama trabajó en favor de los intereses del Estado, porque decía que prefería enriquecer al rey, ya que un rey rico era la mayor fortuna para un pueblo,

Facsimile de la firma de Vasco de Gama, y de la de dos testigos, en el documento en que prestaba homenaje al rey Juan III cuando este le había nombrado virey de Indias. Este documento se halla en el archivo de Lisboa. Hé aquí las firmas en caracteres modernos con su ortografía: *Ho comde do vnyoso. Ho comde almirante. Bartolomeu de paiva.*

á permitir que se enriquecieran personas que iban pobres de Portugal para reunir en la India tesoros, sin tener capacidad especial para ser empleadas en el servicio del rey. Animado de este principio fué inexorable con los empleados ricos, y no colocó á nadie sin haber examinado antes escrupulosamente hasta dónde alcanzaban su capacidad y demás cualidades. No permitió que ningún particular portugués hiciera comercio sin patente, bajo pena de muerte, y á los funcionarios públicos que tomaban parte en estos negocios impuso además la pena de confiscación del buque y cargamento.

Como entonces los buques mercantes portugueses llevaban cañones á causa del continuo estado de guerra en el mar Indico, muchos navieros se habían procurado estas piezas de los arsenales del rey de un modo fraudulento; Gama se las reclamó como virey, ordenando que en el plazo de pocos meses las devolvieran á los arsenales de donde las habían sacado. De este modo no teniendo armas se disminuyó mucho el espíritu particular de empresa, creciendo en cambio el comercio del rey. Los administradores y otros funcionarios del gobierno no se habían contentado con permitir la salida de piezas de artillería de los parques del rey, sino que muchos defraudaron y emplearon en empresas mercantiles fondos del erario, y á estos obligó Gama también á restituir el importe de lo que pudo averiguar que había sido defraudado. Hízolo sin consideración á la posición ni á la categoría de las personas, tanto que reclamó hasta á su predecesor Duarte de Menezes, sumas que este se había apropiado de los ingresos de las factorías.

Semejante régimen correcto y severo habría dado excelentes frutos si hubiese durado; pero por desgracia murió

Vasco de Gama el 24 de diciembre del año 1524 en Cochín. El cadáver, vestido de seda, cubierto con la capa de la orden de Cristo, ceñida la espada y calzadas las espuelas de oro, después de haber estado expuesto algunos días fué sepultado en la capilla del convento de San Francisco, y en el año 1538 fueron trasladados los restos mortales á Portugal y sepultados en Vidigueira, donde el populacho destruyó en 1840 el sepulcro.

Barros describe á Vasco de Gama como un hombre de estatura mediana, arrojado y bizarro en sus empresas guerreras, riguroso en su mando, terrible en sus momentos de ira, incansable en el trabajo, perseverante en medio de los peligros é incorruptible en la administración de la justicia. A estas cualidades añade Correa que únicamente por celo religioso y para la gloria de su país se arrojó tantas veces en medio de los mayores peligros; de modo que en el carácter de Vasco de Gama resultan como rasgos fundamentales la ambición caballeresca de distinguirse en las armas y de extender su fe sagrada; dos móviles que entonces eran casi inseparables, porque á las almas mas nobles de aquella época parecían las guerras en la India guerras santas; cruzadas contra el enemigo eterno del cristianismo.

Muerto el padre regresaron los hijos de Vasco de Gama por lo pronto á Portugal.

Siguió en su cargo Enrique de Menezes, hombre joven y valiente que se había distinguido en la guerra de Marruecos, y estaba á la sazón de gobernador de Goa, pero murió el 23 de febrero de 1526 á consecuencia de llagas en las piernas. Una real orden nombró por sucesor suyo á Pedro Mascarenhas, entonces gobernador de Malaca; pero como

en el consejo del rey se suponía que pasaría un tiempo regular antes de que pudiera partir de Malaca con la monzon favorable para encargarse del gobierno en Goa, y como por otra parte las continuas luchas en las costas malabares reclamaban con urgencia una dirección superior enérgica, se envió otra orden escrita para que en caso necesario se eligiese un gobernador interino hasta la llegada de Mascarenhas. En su consecuencia eligieron los jefes portugueses con el cargo de capitán general y gobernador interino á Lope Vaz de Sampayo, á la sazón comandante de Cochín, el cual inmediatamente se encargó de la dirección del gobierno. En esto



India.

Armas de Vasco de Gama

llegó una contraorden de Lisboa, donde se ignoraba todavía á la sazón la muerte del capitán general Menezes, determinando que en caso de que este falleciera se encargara de la capitania general Lope Vaz de Sampayo. De aquí resultó un embrollo perjudicial, porque cuando en 26 de febrero de 1527 se presentó Mascarenhas á la vista de Cochín, se le significó que ya no era gobernador general de la India y que solo se le permitiría desembarcar como particular sin armas ni acompañamiento armado. No hizo Mascarenhas caso de esta intimación, lisonjeándose de encontrar partido y ser finalmente reconocido como gobernador general si se presentaba solamente bajo este carácter; pero cuando quiso desembarcar con su gente, se le opuso la fuerza armada de tierra y hubo una refriega en que Mascarenhas fué herido dos veces en el brazo, teniendo que regresar á bordo de su buque. Entregó despues sin resistencia los buques de carga que llevaba, así como el botín de una guerra feliz que había tenido con el rey de Bintang, y se dirigió sin séquito oficial á Goa, donde pensó que su derecho sería reconocido por la vía legal y pacífica; mas llegado que hubo á la barra de la ría, fué detenido su buque por orden de Vaz de Sampayo, y él cargado de cadenas y llevado preso á Cananor. Su partido no le abandonó y consiguió que Sampayo accediera á someter la cuestión á un arbitraje amistoso. Los árbitros decretaron su libertad y entonces regresó Mascarenhas en diciembre de 1527 á Portugal, donde antes que llegara había decidido el rey para quitar todo motivo de competencia y contiendas de

partido, nombrar un nuevo gobernador general en lugar de los dos rivales, y al cual los partidos de ambos podían acatar sin mengua ni humillación. Este nuevo gobernador era Nuño de Acuña que había estado ya en la India en compañía de su padre Tristan; elección muy feliz, pues que desde la muerte de Alburquerque nada importante habían hecho sus sucesores y las fuerzas portuguesas se habían diseminado y empleado en empresas estériles. En el mes de abril de 1528 salió el nuevo gobernador general del puerto de Lisboa con once buques y 2,500 hombres de tropa; perdió un buque en la costa de Madagascar; pasó por delante de las islas Comores á Zanzibar y de allí á Mombaza; la tomó casi sin efusión de sangre y la redujo á cenizas porque el jeque que allí mandaba, calculando que el clima malsano expulsaría pronto de su territorio á los extranjeros, no quiso pagar el tributo que el portugués exigía. No obstante estar bien enterado por cartas de la contienda que por el mando dividía á los portugueses de la India en dos partidos, y á pesar de estar destinado á reemplazar á los dos contendientes, prefirió pasar primero á Ormuz para arreglar los asuntos de esta plaza importante é invemar en ella. Tomó allí disposiciones imparciales á favor del rey indígena y aplicó todo el rigor de la ley á los altos funcionarios, también naturales del país, que habían defraudado fondos pertenecientes á su soberano. Con esto se ganó Nuño de Acuña la confianza del rey don Juan.

Durante su estancia en Ormuz entró en el puerto Melchor de Sousa Tavares, de regreso de una expedición de exploración y de conquista á Basora, el primer portugués que había penetrado en la desembocadura común del Eufrates y del Tigris.

En 15 de setiembre de 1529 partió de Ormuz el nuevo gobernador general y llegó á Goa el 22 del mes siguiente. Ocupóse inmediatamente en los preparativos para atacar con toda energía la plaza de Diu, ciudad importante y puerto muy formidable del reino de Guzerat, que Alburquerque con su mirada práctica se había propuesto ya conquistar, pero sin llegar á realizarlo á causa de otras empresas mas urgentes. Sus sucesores habían hecho en diferentes ocasiones tentativas en el mismo sentido, pero todos sus ataques habían sido rechazados victoriosamente. Muerto su gobernador Melec Eias, le habían sucedido en su dignidad sus hijos Melec Saca y Melec Toghau, que no eran vecinos menos temibles para los portugueses que su padre, porque el sultan Bahadur de Guzerat, su soberano y uno de los príncipes mas poderosos de la India, los apoyaba como era natural.

Entre tanto se celebró en Cananor la entrevista entre el nuevo gobernador general portugués y su antecesor Lope Vaz de Sampayo, el cual le entregó el mando, y fué reducido á prisión por orden expresa del rey Juan III por diferentes quejas que contra él se habían dirigido al rey desde Ormuz y Cochín; pero enviado á Portugal fué puesto allí pronto en libertad.

Al versátil Samorin que tan luego como los portugueses se alejaban de sus dominios rompía las paces, le fueron bloqueadas las costas y paralizado el comercio y suprimidas las pingües rentas que de él sacaba. Los mahometanos le instigaban siempre á observar esta conducta, movidos por su interés. No tardó en ofrecer de nuevo la paz; pero como no quiso aceptar las condiciones que le impuso el portugués, continuaron las hostilidades, hasta que finalmente en 1531, á consecuencia de negociaciones hábilmente conducidas, consintió en permitir la construcción de una fortaleza portuguesa en Chali, tres leguas al Sur de Calcuta, en territorio ya del radda de Tanur, su súbdito feudatario. Nuño de Acuña no perdió tiempo y en febrero de 1532 pudo ya guarnecer la nueva plaza fuerte con 250 soldados. A pesar de esta con-

cesion continuó el Samorin, ya oculta ya abiertamente, siendo adversario de los portugueses.

El reino de Guzerat, amenazado de la gran expedición que contra él preparaba el nuevo gobernador de la India, se extendía entonces por ambas orillas del golfo de Cambaya desde el golfo de Cach hasta mas al Sur de Bombay. En esta

costa se encontraban las antiguas ciudades mercantiles, industriales, opulentas y célebres de Patana, Diu, Cambaya, Baroch, Surate, Daman y Basein, habitadas por comerciantes indios y mahometanos. Acuña mandó atacar y saquear varias de estas ciudades á principios de 1530 por Antonio da Silveira con los buques necesarios, antes que él se hiciera á la



Retrato de Nuño de Acuña, sacado de las Lendas da India

vela, que fué en el año siguiente, con una escuadra tan formidable como nunca habían reunido los portugueses, compuesta segun se dijo, nada menos que de 400 buques, entre grandes y pequeños, con 3,600 soldados portugueses y un número considerable de tropas indias. En lugar de encaminarse directamente contra Diu, hizo rumbo á un punto situado mas al Este, donde se encuentra, á ocho leguas al Nordeste de aquel puerto, una isleta rodeada de peñascos, llamada hoy Searbett, y entonces Bete, y que en los últimos años anteriores había sido bien fortificada por el gobernador de Diu, y tenía una guarnición de 800 hombres.

El portugués creyó no deber dejar á sus espaldas esta

posición enemiga tan fuerte, no obstante estar situada mas cerca de las grandes ciudades mercantiles citadas que de la plaza de Diu. Esperaba tomarla con poco trabajo y sin grandes pérdidas; pero la guarnición mahometana se defendió con el valor de la desesperación, hasta que quedó aniquilada, y no solo causó á los portugueses muchas bajas, entre ellas la pérdida de jefes eminentes, sino que les hizo también perder mucho tiempo que los de Diu aprovecharon con gran habilidad para fortificar todavía mas su ciudad, ya fuerte por la naturaleza y el arte. Diu estaba situada en el estrecho extremo oriental de una isla de una legua de longitud y media de anchura en dirección de Este á Oeste, é inmediata